

**Historia de la Psicología
Cátedra I**

Modulo 4 (primera parte)

***BREVE HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA
EN LA ARGENTINA (1896-1976)***

Alejandro Dagfal

2013

Unidad 4.1

Breve historia de la psicología en la Argentina (1896-1976)*

Presentación:

Pretender elaborar una “breve historia de la psicología en la Argentina” plantea al menos dos grandes problemas. En primer lugar, la brevedad es un obstáculo para la profundidad del análisis (que, en un espacio tan reducido, deberá ser muy esquemático, dejando de lado matices y precisiones importantes). En segundo lugar, hablar de “una historia” (y no de varias) presupone una unidad que no es tal, sobre todo si se consideran las cuestiones metodológicas que ya se han abordado en la primera unidad respecto de la “historia crítica”. En ese sentido, entonces, el relato que sigue no tiene pretensiones totalizadoras, sino que tan solo se ofrece como una versión entre muchas posibles.

En particular, con el fin de acotar el objeto de análisis, se propone una *periodización* de la “historia psi” en la Argentina (es decir, una segmentación temporal del período abordado), que como toda periodización es tan arbitraria como necesaria. En efecto, según cuáles sean los criterios empleados para demarcar el período estudiado, los resultados pueden ser muy distintos. Por ejemplo, si se privilegiara la historia de la psicología como profesión, cabría destacar dos grandes subperíodos. El primero sería un momento *pre-profesional*, que comenzaría con el siglo XX (o incluso a fines del siglo XIX, con la creación de las primeras *cátedras universitarias* de psicología) y se extendería hasta fines de los años '50 (con la creación de las primeras *carreras* de psicología). Se trataría de una “psicología sin psicólogos”, entendida sobre todo como disciplina de conocimiento, que se enseñaba en el marco de otras especialidades, que ya implicaba publicaciones y congresos, pero que aún no contaba con un profesional específico que se autorizara en ella (Vezzetti, 1994).

El segundo subperíodo, que se inicia a mediados del siglo XX y llega hasta la actualidad, se caracterizaría por la emergencia del psicólogo como nuevo profesional. Esto pone de relieve varios problemas, como el de su formación universitaria, sus competencias específicas, sus preferencias teóricas, sus modelos de práctica, su relación con otros especialistas (como el psiquiatra o el psicoanalista), su habilitación por parte del Estado, su reconocimiento social, su organización gremial, su identidad profesional, etc. No obstante, esta división de la historia en dos tiempos no implica que antes de la profesionalización no haya habido prácticas psicológicas. De hecho, ya a fines del siglo XIX, en nuestro país, la psicología había servido, por un lado, para interpretar la realidad social y política, y, por el otro, como un saber aplicado, que pretendía resolver problemas de orden público. Del mismo modo, después de la creación de las carreras, además de convertirse en profesión, la psicología tampoco dejó de existir como disciplina de conocimiento. En todo caso, este ejemplo sirve para mostrar hasta qué punto las periodizaciones son útiles para ordenar el tiempo histórico, a la vez que, por su carácter necesariamente esquemático, al poner el énfasis en los puntos de ruptura, son susceptibles de ocultar ciertas continuidades, quizás menos notorias, entre las diversas etapas.

De todos modos, la periodización que proponemos aquí, igualmente imperfecta, se basa en una suma de criterios (epistemológicos, disciplinares, sociales, políticos y culturales), privilegiando el *tipo de psicología* producido en cada momento histórico. Dicho de otro modo, se tratará de dar cuenta, en cada etapa, de cuáles fueron los objetos de la psicología y cómo se definieron, dando por sentado que esos objetos estaban en relación con problemáticas más generales y con formas de ver el mundo (cosmovisiones) propias de cada época. Así, entre 1896 y 1976, identificamos cinco grandes subperíodos, a saber:

* Este módulo desarrolla lo expuesto en un artículo aún más breve, “Historias de la psicología en la Argentina (1890-1966). Entre ciencia natural y disciplina del sentido” (publicado en 2012 en *Ciencia Hoy*, 126 (21), pp. 25-29). <http://www.cienciahoy.org.ar/ln/hoy126/Psicologia.pdf>

1. El nacimiento de la psicología en la Argentina: positivismo y nación (1896-1925)
2. La reacción antipositivista: psicología y filosofía (1925-1943)
3. Las psicologías aplicadas: psicotecnia y orientación profesional (1943-1955)
4. La “invención” del psicólogo: psicología y psicoanálisis (1955-1966)
5. El psicólogo como psicoanalista. La recepción del lacanismo (1966-1976)

Los diferentes segmentos que se incluyen en esta “breve historia”, a su vez, pueden articularse con los contenidos del resto del programa de la asignatura. Por ejemplo, en el pasaje del primer al segundo subperíodo puede reencontrarse en Argentina, más tardíamente, el mismo pasaje entre ciencia natural y disciplina del sentido que Foucault sitúa en Europa entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX (Foucault, 1957). En efecto, según veremos, en nuestro país, ese cambio de referencias (entre una psicología guiada por una cosmovisión positivista y una disciplina que más bien recusaba los fundamentos de ese modelo de ciencia para privilegiar otro tipo de métodos) recién se produjo dos o tres décadas más tarde. Otro ejemplo sería el cuarto subperíodo, en el que la obra de José Bleger muestra el impacto simultáneo de autores como Politzer y Sartre (unidad 2) y del movimiento de la salud mental (unidad 3). Todo esto, a su vez, nos lleva al problema de la *recepción* planteado en la primera unidad del programa:

En principio, no es lo mismo la historia que parte del “descubrimiento” o de la “fundación” (sea de la psicología experimental, del psicoanálisis o de la psicología genética) que la que debe hacerse cargo de las lecturas, las traducciones o los desplazamientos. Este es el nudo de la historia de la recepción, en la que el acento se desplaza de los grandes autores y los textos fundadores a la historia las lecturas más eficaces, los contextos de apropiación, las funciones de mediación e implantación de una disciplina. Por otra parte, esto es no sólo relevante sino indispensable en una tradición cultural y de pensamiento como la argentina, dominada por la inmigración y la recepción de ideas, lenguajes y costumbres. Pero los problemas de la recepción no se limitan a las traducciones y desplazamientos entre espacios culturales nacionales; también la circulación y las trasposiciones entre campos disciplinares configurados como “culturas” diversas con lenguajes y reglas propios, exige tomar en cuenta el problema de la recepción como un práctica activa que modifica aquello sobre lo que se aplica (Vezzetti, 2007: p. 13).

Es decir que la recepción no implica una mera copia del original, una fidelidad que es a todas luces imposible. Si se considera que cualquier lectura implica siempre una apropiación particular, desde coordenadas específicas, debe admitirse que dentro de ese proceso de apropiación necesariamente se producen transformaciones, cuyo resultado nunca puede ser una copia fiel. Si se acepta esta premisa, cae la ilusión de cualquier “retorno a las fuentes”, de cualquier comunión posible con los textos originarios. Y lo que cuenta en estas transformaciones no es sólo lo que se suprime, sino también lo que se agrega.

Por ejemplo, la recepción argentina de la teoría general de la conducta de Daniel Lagache incorporó una dimensión que no existía en absoluto en la obra de ese autor, que postulaba la unidad de la psicología en torno de un único objeto. En nuestras tierras, en los años '60, esa concepción del psiquiatra y psicoanalista francés debió articularse a su vez con una concepción inglesa del inconsciente, derivada de las ideas de Melanie Klein. Al mismo tiempo, se dejaban de lado las referencias a Anna Freud (la gran rival de Melanie Klein), de quien Lagache era amigo y admirador, pero que en el Río de la Plata no tenía tantos adeptos. En ese sentido, si bien se ha dicho muchas veces que la Argentina es “un espejo de Europa”, para no caer en un lugar común, habría que aclarar (considerando los procesos de recepción) que se trata de un espejo que siempre deforma la imagen que refleja según su propia perspectiva.

1. El nacimiento de la psicología en la Argentina: positivismo y nación (1896-1925)

El nacimiento de la psicología en nuestro país puede situarse a fines del siglo XIX, en un contexto estrechamente ligado al proyecto de la generación del '80 y a la fundación de la Argentina

como estado moderno y nación unificada (Vezzetti, 1988; Terán, 1987; Talak, 2008).¹ En ese marco, dos rasgos distinguen a esta primera psicología vernácula: su definición como ciencia natural, a partir de una cosmovisión positivista, y su filiación privilegiada con el pensamiento francés. El positivismo implicaba una forma de ver el mundo que se apoyaba en una fe casi ilimitada en el progreso y en una confianza extendida en los métodos de las ciencias naturales (particularmente la observación y la experimentación). En ese sentido, no es extraño que una de las figuras más relevantes de este período, José Ingenieros (un destacado psiquiatra, criminólogo y sociólogo de origen italiano, quien fuera además uno de los primeros profesores de psicología de la Universidad de Buenos Aires), haya desarrollado una “psicología biológica” con una fuerte impronta evolucionista (Ingenieros, 1910; Talak & Corniglio, 2008). En agosto de 1906, en una crónica enviada desde París al diario *La Nación* (titulada “Psicólogos franceses”), Ingenieros no sólo daba cuenta de su familiaridad con los principales autores galos, sino que exponía su modo de entender la psicología científica y sus fronteras:

Las funciones psíquicas son las más complicadas del animal viviente. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral. Su estudio –objeto de la psicología– entra en el dominio de los fisiólogos y requiere el concurso de sus métodos experimentales y de observación. [...]. Existe otra labor cuyo mérito filosófico o literario es indiscutible y cuyas conclusiones no desprecia la ciencia: es la practicada por los hombres geniales o de talento que se dedican a la observación empírica del alma humana. [...]. Shakespeare fue el más genial de los psicólogos empíricos. Exceptuados esos grandes observadores de caracteres humanos, queda una legión de aficionados inofensivos cuyas opiniones pasan inadvertidas para la psicología científica, aunque puedan ser interesantes para la crítica filosófica y literaria (Ingenieros, 1906: p. 5).

Para Ingenieros, los conocimientos que no provenían de la clínica (es decir, del tratamiento de pacientes) o del laboratorio, carecían de un valor científico cierto. Y este interés por la clínica (según el cual la propia enfermedad, siguiendo la tradición psicopatológica francesa, era considerada como un experimento de la naturaleza) fue el rasgo saliente de estos psiquiatras (entre los cuales también estaba Horacio Piñero, otro de los primeros profesores de psicología de la UBA) que integraron lo que se dio en llamar la “escuela de Buenos Aires”.

Sin embargo, en la ciudad de La Plata, luego de la creación de la Universidad Nacional, en 1905, se desarrolló una tradición psicológica no médica, con características muy diferentes, pese a que compartía la misma inspiración positivista. En efecto, en 1906, en la Facultad de Ciencias Jurídicas, se implementó una Sección Pedagógica para la formación de profesores, semejante a las que ya existían en Bruselas o Ginebra. Su primer director fue Víctor Mercante, un educador formado en la Escuela Normal de Paraná, cultor de una pedagogía científica que pretendía apoyar sus descubrimientos en los principios extraídos de la psicología experimental y la antropología biológica. El punto de aplicación de estas teorías eran los alumnos de las escuelas primarias, cuya educación debía basarse en normas generales que le aportaran racionalidad, así como en determinados conocimientos prácticos. Tanto esas normas como esos conocimientos tenían que cimentarse de manera empírica, tarea a la que dedicarían gran parte de sus vidas el mismo Mercante, su amigo Rodolfo Senet y su discípulo Alfredo Calcagno, privilegiando en sus investigaciones la utilización de métodos experimentales y estadísticos. La llamada “escuela de la Plata”, en suma, promovió una psicología no clínica, ligada al ámbito de la educación (Talak, 2008; Dagfal, 1997).

Por otra parte, el positivismo no solo implicaba una forma de ver el mundo, sino también una decidida voluntad de transformarlo a partir de una concepción secular (es decir, no religiosa) de los problemas sociales e institucionales. Por esa vía, configuraba todo un programa de acción que involucraba al Estado y a sus políticas. En ese contexto, las diversas psicologías desarrolladas en

¹ Si se toma como inicio de este período el año 1896 es porque en ese momento, luego de organizarse la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se creó allí la primera cátedra universitaria de psicología, a cargo del jurista Rodolfo Rivarola. Por su parte, el nacimiento de la psiquiatría puede situarse en torno de 1870 (Stagnaro, 2005 y 2006).

esa época debieron hacerse cargo de problemas muy concretos, ligados a una circunstancia histórica particular, tales como la locura y las neurosis (psicopatología), la “cruzada civilizatoria” (psicología educacional), el delito (psicología criminológica), las masas (psicología social), la creación de una identidad nacional en los inmigrantes (psicología política), etc. Además de los autores mencionados, otras figuras destacadas de este período fueron José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge y Rodolfo Rivarola. Ellos se ocuparon, cada uno a su manera, de reinterpretar y difundir la obra de autores extranjeros como Comte, Darwin y Spencer, Charcot, Ribot y Janet, Binet, Claparède y Piéron.

Para dar cuenta de la finalización de esta etapa de la historia de la psicología local tomaremos como referencia convencional el año 1925, en el que se produjo la muerte de José Ingenieros, quien terminaría siendo reconocido como uno de los intelectuales más destacados de Argentina y Latinoamérica.²

2. La reacción antipositivista: psicología y filosofía (1925-1943)

Luego del período positivista, caracterizado por un naturalismo muy marcado, tuvo lugar en Argentina una “reacción antipositivista”, que se ocupó de señalar en qué medida el hombre no podía ser reducido a su dimensión natural. Varios factores preanunciaban este cambio en el clima de ideas. Por un lado, las tres visitas del renombrado filósofo español José Ortega y Gasset (quien llegó por primera vez a la Argentina en 1916) sirvieron para difundir la obra de intelectuales que se situaban en las antípodas de los que habían primado en la etapa anterior. Así, a la par que anunciaba sin ambages la muerte del positivismo, Ortega promovía la lectura de autores como Franz Brentano, Wilhelm Dilthey, Edmund Husserl y Max Scheler, emparentados con el neokantismo y la fenomenología (Biagini, 1985). De un modo u otro, estos autores rehabilitaban el lugar de la conciencia y de la experiencia subjetiva como fundamento de una científicidad diferente de aquella de las ciencias naturales. Donde antes se hablaba de observación y experimentación, ahora debía atenderse a la comprensión y a la interpretación, poniendo de relieve el problema del sentido. Lo cual, obviamente, conducía a un tipo de psicología que, muy alejada de las pretensiones de objetividad de las ciencias naturales y de sus determinismos, se interesaba más bien en problemas como los valores, la libertad, la creación y la vida misma, desde perspectivas ligadas a la filosofía y a la historia.³

El horror causado por los millones de muertes provocadas por la Primera Guerra Mundial también había contribuido a minar la fe en la ciencia y el progreso. Y en el plano local, la creación del Colegio Novecentista, en 1917, y la Reforma Universitaria de 1918 habían traído nuevos aires, renovando tanto el ideario en boga como la conformación de los planteles universitarios. En definitiva, la generación del Centenario, caracterizada por cierta recuperación del idealismo y el espiritualismo de la generación del '37, había tomado la posta de la generación del '80. Uno de los principales autores de referencia de esta nueva generación fue el filósofo francés Henri Bergson (premio Nobel de literatura en 1927), quien había asestado un duro golpe a los fundamentos de la psicología experimental. Bergson había argumentando que la medición y las matemáticas, pilares de los enfoques experimentales, sólo podían aplicarse a los fenómenos psíquicos en la medida en que se los despojara de su característica más esencial: la de ser cualidad y no cantidad (Bergson, 1889). Al no ocupar un lugar en el espacio, esos fenómenos transcurrían en la duración pura, y eran constitutivos de un yo profundo, al que sólo podía accederse por la intuición. Por otra parte, había afirmado que los datos más inmediatos eran aquellos aportados por la conciencia, y no los que proporcionaba la percepción externa. Una vez más, lo subjetivo y personal venía a reemplazar a la objetividad convencional de las ciencias.

² Otros autores, no obstante, sitúan el fin de esta etapa en 1916 o 1919 (Klappenbach, 1994 y 2004; Talak, 2008).

³ En este período podemos situar la recepción argentina de algunos de los autores estudiados en la unidad 2.

Bergson fue un referente fundamental de algunas figuras destacadas que se ocuparon de la psicología en la Argentina en este período, como Alejandro Korn (psiquiatra, filósofo y político), Coriolano Alberini (profesor de filosofía) y Enrique Mouchet (psiquiatra graduado en filosofía). Alejandro Korn, después de graduarse como médico en 1882 (con una tesis sobre *Locura y crimen*) dirigió el hospital psiquiátrico de Melchor Romero durante casi dos décadas. Fue profesor de Historia de la Filosofía en la UNLP (a partir de 1903) y en la UBA (desde 1906). En 1918, se transformó en uno de los referentes docentes del movimiento estudiantil que impulsaba la Reforma Universitaria (a tal punto que ese mismo año fue elegido decano de la Facultad de Filosofía y Letras con el voto de los estudiantes). Militante de la UCR, en 1931 se afilió al Partido Socialista, del que sería miembro hasta su muerte. En su obra filosófica puso de relieve el problema de los valores y el de la libertad. Siguiendo de cerca a Bergson, uno de sus principales libros fue *La libertad creadora* (1922), en el que retomaba muchas de las críticas del filósofo francés a las psicologías naturalistas (Korn, 1922).

Por otra parte, Alberini y Mouchet tuvieron a su cargo los dos cursos de psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA durante cerca de dos décadas (el primero estuvo a cargo de Mouchet entre 1920 y 1943, y el segundo a cargo de Alberini entre 1923 y 1943). Mouchet dictó un programa multifacético, incluyendo temas de psicología experimental, psicología de la Gestalt, conductismo y, a partir de 1922, del novedoso psicoanálisis. Desarrolló también su propio sistema teórico (una psicología vital basada en la “sensibilidad interna”), además de refundar en 1930 la Sociedad de Psicología de Buenos Aires (de la que sería presidente durante más de tres décadas) y de fundar, en 1931, un Instituto de Psicología (en la Fac. de Filosofía y Letras) de cuyos *Anales* sería director. Alberini, por su parte, tuvo una destacada actuación institucional, siendo decano de la Facultad en tres oportunidades y, al igual que Mouchet, desempeñándose como docente en la Universidad Nacional de La Plata, en las cátedras de Metafísica y Gnoseología. En 1931 fundó el Instituto de Psicología, que luego publicaría los voluminosos *Anales del Instituto*. Su obra institucional alcanzó mayor relevancia que su actividad teórica, en la que adscribió a una psicología axiológica (es decir, que considera que la conciencia solo puede entenderse como la actividad libre de otorgar y crear valores) situada en las antípodas de la psicología experimental. En 1943, luego del golpe del “Grupo de Oficiales Unidos” (GOU), ambos abandonaron la cátedra universitaria (Klappenbach, 1994; Agolia, 1963, Courel & Talak, 2001).

Si bien es claro que el apogeo de este período de estrecha vinculación entre psicología y filosofía puede situarse en los años '30, su fecha de finalización es mucho más difícil de establecer. Sobre todo, cabe señalar que, luego de la “reacción antipositivista”, las psicologías llamadas científicas, de corte objetivista, nunca tuvieron en la Argentina el desarrollo que sí alcanzaron en el resto del mundo, donde imperan aún hoy en día. En nuestro país, por el contrario, siempre primaron las psicologías centradas en la subjetividad, probablemente en virtud de la fuerte influencia del pensamiento filosófico francés (Alberini, 1926), que también llega hasta la actualidad, y que ha funcionado como barrera a la implantación de otro tipo de concepciones más vinculadas a la tradición anglosajona.

3. Las psicologías aplicadas: psicotecnia y orientación profesional (1943-1955)

Durante los años '40, se produjo en la Argentina un proceso de industrialización que favoreció el éxodo de la población rural hacia las ciudades, que a su vez se sumó a la última ola de aluvión migratorio europeo. Se constituyó así una nueva clase obrera urbana que encontró en el peronismo una vía de acceso a la representación política. Del mismo modo en que, a fines del siglo XIX, la educación había sido un instrumento fundamental para la construcción de una nación liberal, promediando el siglo XX, sería indispensable para formar las nuevas generaciones en el espíritu de esa época, atravesada por ideales de justicia social. Con ese fin, la educación necesitaba incorporar la utilización de técnicas innovadoras, basadas particularmente en la psicología aplicada. Mientras se generalizaba la educación primaria y se duplicaba el número de estudiantes secundarios, la

escuela se transformaba en una herramienta crucial para lograr una mejor distribución de las oportunidades sociales y para asegurar la continuidad de la adhesión popular. A diferencia de la universidad, que era un foco opositor, la escuela parecía ser mucho más permeable a las estrategias del poder central. Lo cual la hacía apta para la implementación de esas nuevas técnicas de intervención psicológica. Sin embargo, estos abordajes novedosos debían coexistir con elementos conservadores, ligados a valores espirituales, a la vida familiar y al respeto al líder (aspectos que los críticos del peronismo se han encargado de destacar). En todo caso, justo sería reconocer que en esa época la escuela también constituyó un instrumento de modernización social, particularmente por su articulación con el mundo del trabajo.

Las industrias incipientes tenían necesidad de un nuevo tipo de mano de obra, mejor formada y más motivada. De tal modo, la elección de una profesión u ocupación ya no podía resultar de una decisión improvisada, sino que tenía que ser el fruto de un proceso tan científico como fuera posible (Klappenbach, 1995 y 2001; Dagfal, 2008). Y en ese marco la orientación profesional y la psicotecnia adquirirían todo su relieve:

[...] no ha de ser éste [el tema de la elección de carrera] un problema librado únicamente a la discriminación personal o familiar; interesa directamente al Estado, en cuanto es incapaz el niño de conocerse a sí mismo e incapaces, en muchos casos, los padres, de elegir carrera para sus hijos; [...] el diagnóstico [de orientación profesional] debe tener, idealmente, obligatoriedad legal [...].⁴

Esta afirmación formaba parte del decreto según el cual, en 1948, se creaba un Instituto de Orientación Profesional en la esfera de la Dirección General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires. Frente a la doble incapacidad supuesta a los alumnos y a sus padres, el Estado asumía una función tutelar, ya no en virtud de principios religiosos o espirituales, sino con el fin de mejorar la productividad y evitar el derroche de recursos personales. Esto se apoyaba en las certezas aportadas por un saber técnico muy específico, al que se le confería la mayor autoridad en la materia. Aunque los anhelos que se plasmaban en ese decreto –respecto de la obligatoriedad del “veredicto” resultante del proceso de orientación profesional– nunca se hicieron realidad, decían mucho sobre las motivaciones de un “Estado social” que había logrado garantizar los derechos sociales básicos de una porción considerable de la población. En 1949, la Constitución Nacional reformada detallaba esos derechos de manera explícita. Allí se afirmaba que:

[...] la orientación profesional de los jóvenes, concebida como un complemento de la acción de instruir y educar, es una función social que el Estado ampara y fomenta mediante instituciones que guíen a los jóvenes hacia las actividades para las que posean naturales aptitudes y capacidad, con el fin de que la adecuada elección profesional redunde en beneficio suyo y de la sociedad.⁵

En ese marco, por primera vez en la Argentina los docentes de muchas escuelas se formaron para administrar –y administraron– a gran escala pruebas psicométricas y cuestionarios psicológicos. Y diversas formas de la psicología aplicada fueron utilizadas en las instituciones más variadas, desde el Ministerio de Defensa y la Marina hasta las universidades más periféricas, afines a los proyectos del gobierno. Al mismo tiempo, en las universidades más importantes, en las que muchos de los antiguos profesores reformistas habían sido reemplazados, la psicología seguía ligada a preocupaciones teóricas, a partir de posiciones filosóficas más tradicionales. Lo cierto es que esta difusión extendida de las prácticas psicológicas condujo a la organización del Primer Congreso Argentino de Psicología, realizado en 1954 en San Miguel de Tucumán. Allí se dieron cita más de doscientos participantes, entre los que se contaban profesores de psicología, filósofos de orientaciones diversas, sacerdotes, psicotécnicos, psiquiatras y, por primera vez, algunos psicoanalistas. También se forjaron los acuerdos conducentes a la creación de la carrera de psicología, que sólo pudieron plasmarse en ese período en la creación de la primera carrera en la

⁴ Decreto N° 1290/48 de la Dirección General de Escuelas de la Pcia. de Bs. As. Citado por Munín (1989: p. 25).

⁵ Nación Argentina (1949). Constitución Nacional. *Boletín Oficial*. Citado por Klappenbach (1995: p. 238).

ciudad de Rosario, el 6 de abril de 1955. Sin embargo, el golpe de Estado del mes de septiembre hizo que esta carrera fuese cerrada, para reabrirse recién en 1956, bajo condiciones muy diferentes.

4. La “invención” del psicólogo: psicología y psicoanálisis (1955-1966)

Aunque las bases institucionales ya hubieran sido establecidas durante el período peronista, el auge de los estudios universitarios de psicología recién iba a producirse en el período subsiguiente, que va de 1955 a 1966 (cuyo inicio se corresponde con el advenimiento de la autodenominada “Revolución Libertadora” y su fin coincide con el derrocamiento de Arturo Illia, la “noche de los bastones largos” y la intervención de las universidades públicas). Paradójicamente, en esta franja temporal situada entre dos golpes de Estado, tuvo lugar una asombrosa renovación social y cultural, en el seno de la cual las universidades se democratizaron, incorporaron nuevos profesores y modernizaron sus planes de estudios. Así, en sólo dos años (entre 1957 y 1959), se crearon carreras de psicología en cinco universidades nacionales: Buenos Aires (1957), La Plata, Córdoba y San Luis (1958) y Tucumán (1959). Comenzó entonces en nuestro país la historia de la psicología como profesión, que vino a sumarse a la historia de la psicología como disciplina (Vezzetti, 2004; Dagfal, 2009). Al mismo tiempo, el psicoanálisis (cuya primera asociación oficial había sido creada en 1942) dejaba de ser patrimonio exclusivo de algunos médicos vinculados con las élites porteñas, para insertarse en ámbitos diversos, desde los hospitales públicos hasta las carreras de psicología. A su vez, la psicología se nutría de ciertas formas del psicoanálisis, proyectándolo a la escena pública, más allá de los consultorios privados y de la asociación oficial.⁶

En esta época, figuras como Enrique Pichon-Rivière y su discípulo José Bleger alcanzaron su máxima popularidad, simbolizando este espíritu de convergencia teórica y disciplinar. Se trataba de psicoanalistas que se dedicaban también a la psicología, sin por ello dejar de ser psiquiatras. En realidad, la psiquiatría de la época se veía tensionada entre una vertiente organicista y asilar, que por la vía de los neurolépticos encontraba un nuevo sostén para sus viejas pretensiones científicas, y una corriente progresista, cercana al movimiento de la salud mental, que se inspiraba en el psicoanálisis y las ciencias sociales, promoviendo el trabajo en equipo con psicólogos y trabajadores sociales.⁷ Fue esta segunda vertiente la que rápidamente ingresó en las carreras de psicología, incidiendo de manera decisiva en la orientación de la formación.

Más aun, a fines de los años ‘50, cuando se produjeron las primeras disputas con la corporación médica por el derecho al ejercicio de las psicoterapias, muchos psiquiatras progresistas apoyaron la posición de los futuros psicólogos, oponiéndose a buena parte de sus propios colegas. Considerando que esas disputas fueron cruciales para galvanizar la identidad de esos nuevos profesionales, no es casual que, en un lapso muy corto, que va de 1959 a 1962, los psicoanalistas y psiquiatras ligados a la salud mental se convirtieran en referentes fundamentales para los estudiantes de psicología. De ese modo, adquirieron mayor visibilidad que los propios fundadores de algunas de las carreras, cuyos intereses estaban mucho más vinculados a las psicologías llamadas científicas (como Telma Reca, Marcos Victoria, Fernanda Monasterio y Plácido Horas).

Cabe destacar que, en estos años, se instauró en nuestro país la orientación clínica de la mayoría de los psicólogos, en general, y la predilección por el psicoanálisis, en particular. Lo curioso de este proceso de “clinicización psicoanalítica” es que, por un lado, se produjo en contra de la voluntad explícita de los profesores que habían participado en la creación de las carreras, a pesar de la férrea oposición de los psiquiatras (que querían proteger la exclusividad de sus prerrogativas en el ámbito clínico y a pesar de la desaprobación de la Asociación Psicoanalítica Argentina (que aspiraba a mantener el monopolio de los “usos legítimos del psicoanálisis”, y no admitiría a los psicólogos en su seno hasta los años ‘80). Por otro lado, el ejercicio de las psicoterapias por parte de los

⁶ Para una historia del psicoanálisis en la Argentina, pueden consultarse diversos autores (Balán, 1991; Plotkin, 2003; Vezzetti, 1989 y 1996; García, 1978 y 2005).

⁷ Uno de los primeros trabajos sobre la historia del movimiento de la salud mental en la Argentina es el Borinsky (1989). Más recientemente, cabe destacar los dos tomos de Carpintero & Vainer (2004 y 2005).

psicólogos no contaba con ningún sustento legal ya que, según la legislación vigente, constituía un caso de “ejercicio ilegal de la medicina” (las competencias de los psicólogos en ese ámbito recién serían plenamente reconocidas a nivel nacional en 1985). En ese sentido, para entender la singularidad del “caso argentino” no puede dejarse de lado la importancia de la implantación del psicoanálisis en la cultura. En cierto modo, fue una condición de posibilidad para la consolidación de ese modelo profesional de “atención de pacientes en consultorio privado” que durante décadas se desarrolló al margen de las regulaciones estatales.⁸

En ese proceso, generalmente se ha subestimado el rol desempeñado por algunos personajes como Enrique Butelman, Jaime Bernstein y Gino Germani. A partir de sus múltiples actividades como intelectuales, docentes y editores, jugaron un rol decisivo en la construcción de un público ampliado para la “nueva psicología”. Por un lado, dirigieron las carreras de psicología de Buenos Aires (Butelman) y Rosario (Bernstein), además de la carrera de sociología de la UBA (Germani), donde elaboraron planes de estudios y promovieron la contratación de profesores afines. Por el otro, a través de la editorial Paidós, tradujeron a autores extranjeros y publicaron a autores locales que situaban la psicología y el psicoanálisis en el seno de las ciencias humanas y sociales. Finalmente, enseñaron numerosas materias de la formación básica de los psicólogos, dándoles los elementos teóricos fundamentales para entender la psicología como una disciplina del sentido, y ya no como una ciencia natural. Las múltiples actividades de esos tres actores fueron determinantes en la conformación de muchos de los rasgos que han caracterizado al psicólogo argentino a lo largo de sus cinco décadas de vida.

De manera muy sintética, podría afirmarse entonces que la identidad profesional de los psicólogos fue forjándose de manera *proactiva*, en relación con los modelos que les brindaban algunos psiquiatras reformistas, ciertos psicoanalistas y algunos profesores, que les reconocían competencias específicas para trabajar en el ámbito clínico, ya sea en grupo o de manera individual. No obstante, al mismo tiempo, esa identidad profesional se constituyó de manera *reactiva*, en rechazo de los roles subalternos propuestos por los fundadores de las carreras, los analistas más tradicionales y los psiquiatras asilares, quienes esperaban que el psicólogo se desempeñara como auxiliar del psiquiatra, como testista, como psicotécnico o como consejero. En la medida en que sus competencias en el campo de la clínica no eran reconocidas, como reacción, los psicólogos se aferraban cada vez más al ejercicio de las psicoterapias desde una perspectiva psicoanalítica. De manera dialéctica, podría pensarse que la conciencia del “nosotros” se fue constituyendo por diferenciación respecto de “los otros” (González & Dagfal, 2012).

En lo que respecta específicamente al ámbito de la UBA, los primeros psicólogos que se graduaron en la carrera de psicología terminaron fundando, en 1962, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Todo indica que la necesidad de organizarse de esos primeros graduados también surgió en el marco de las luchas por el ejercicio de la psicología que acabamos de mencionar. Los testimonios orales de los protagonistas del comienzo de esta “historia de los psicólogos” dan cuenta de su rápida inserción en el ámbito público –en general, sin remuneración–, en instituciones diversas (como la Sala XVII del Hospital de Niños, dirigida por Florencio Escardó, el “Departamento de Psicología y Psicopatología de la Edad Evolutiva” del Hospital de Clínicas, a cargo de Telma Reca, y el “Servicio de Psicopatología y Neurología” del Policlínico Gregorio Araóz Alfaro, de Lanús, cuyo jefe era Mauricio Goldenberg.⁹

⁸ Un estudio sociológico bastante exhaustivo realizado años más tarde (con psicólogos graduados de la UBA entre 1961 y 1969), iba a mostrar claramente que una amplia mayoría se había dedicado a la práctica clínica (más del 90 %). Aunque esta elección no hubiera excluido actividades profesionales en otras áreas, la proporción resultaba abrumadora (Litvinoff & Gomel, 1975).

⁹ Si bien hubo muchas otras instituciones en las cuales los psicólogos realizaron sus primeras prácticas, las mencionadas resultan emblemáticas, tanto por la importancia que tuvieron en el aspecto formativo como por su carácter innovador e interdisciplinario (Borinsky, 2000). “El Lanús”, particularmente, terminó por convertirse en un ejemplo casi mítico de la recepción de los discursos de la salud mental en la Argentina. Allí, los psicólogos trabajaban en equipo con médicos y asistentes sociales, utilizando el psicoanálisis y las terapias grupales como herramientas que los situaban como agentes de cambio (Visacovsky, 2002).

Esos mismos testimonios también destacan que, paralelamente al ejercicio profesional en el ámbito público, los jóvenes psicólogos (en su gran mayoría mujeres) comenzaron a atender pacientes en sus consultorios privados, a la vez que emprendían (o continuaban) sus propios análisis de manera individual o grupal. Muchas veces, incluso, quienes les derivaban pacientes eran los jefes de las instituciones en las que trabajan, si es que no lo hacían sus propios analistas. Por ejemplo, según Rosalía Schneider, “vivíamos del consultorio. Teníamos muchísima derivación de pacientes (fundamentalmente por afinidades ideológicas). Ojalá yo ahora pudiera trabajar como antes” (Borinsky, 1999). María Teresa Calvo también comparte esa opinión:

Después de recibida, mi primera inserción laboral fue crear un consultorio con mi hermana [Isabel Calvo, la primera presidente de APBA] y con Isabel Palacios. Y empezamos a trabajar rápidamente. Cuando llegó Onganía [en 1966], eso truncó todo, sobre todo en lo que respecta a la Universidad, porque en el consultorio seguimos trabajando bien, cada vez más. Nos podíamos mantener con comodidad (Dagfal, 2004).

Se iniciaba así una tradición según la cual los psicólogos argentinos iban a combinar actividades institucionales más o menos precarias, más o menos mal remuneradas, y una práctica privada cada vez más reconocida, que se mantenía al abrigo de la regulación estatal y de los vaivenes de la vida política del país. Si el epílogo de este subperíodo se sitúa en torno de 1966, es porque esa fecha marcó el fin de una época. La renovación social y cultural vertiginosa iniciada en 1955 llegó en ese momento a un punto de declinación. Por otra parte, el golpe de Onganía mostraba a las claras los límites que imponía la situación nacional al proyecto de la universidad reformista. De ahí en más, la radicalización progresiva de las posiciones políticas dejaría cada vez menos espacio para los debates intelectuales y culturales.

5. El psicólogo como psicoanalista. La recepción del lacanismo (1966-1976)

Podría decirse que la etapa anterior, marcada por el auge de proyectos como los de Pichon-Rivière y Bleger, implicó una *alianza* entre psicología y psicoanálisis, en el marco de una síntesis más amplia (Dagfal, 2000). Así, a partir de una matriz filosófica laxamente ligada a la fenomenología existencial (básicamente Sartre y Merleau-Ponty), los discursos de la salud mental estudiados en la unidad 3 (que incluían el pensamiento social norteamericano y su impacto en la psiquiatría de posguerra) convivían con el psicoanálisis inglés (Melanie Klein) y con una forma de entender el objeto de la psicología marcada por la tradición francesa (sobre todo Daniel Lagache, pero también Georges Politzer).¹⁰

En esta nueva etapa, no obstante, a partir de la segunda mitad de los años '60, la recepción del estructuralismo francés (que será estudiada en el punto 3 de esta misma unidad) planteó una *disyunción excluyente* entre psicoanálisis y psicología. En efecto, al apropiarse de las enseñanzas de Jacques Lacan, muchos psicólogos, además de utilizar el psicoanálisis como *referencia teórica* privilegiada, lo adoptaron también como *matriz identitaria*. Así, se identificaron como psicoanalistas y, en mayor o menor medida, debieron renunciar a su identidad profesional como psicólogos (González & Dagfal, 2012). Esta actitud es comprensible en tanto y en cuanto se recuerde que la psicología había quedado ligada al proyecto de síntesis que el estructuralismo pretendía impugnar y superar. Es decir, si la psicología implicaba ahora un “error de perspectiva” (en la medida en que se centraba en las conductas concientes y no en sus determinismos inconscientes), el psicoanálisis no sólo no se presentaba como una psicología, sino que pretendía impugnar (y superar) todas las psicologías, ya que, al igual que el fenomenología existencial, privilegiaban el punto de vista de la conciencia.

¹⁰ Es posible que lo antedicho refleje sobre todo lo sucedido en las carreras de psicología de las universidades públicas de Buenos Aires, La Plata y Rosario (y en sus esferas de influencia). No es claro hasta qué punto representa lo ocurrido en Córdoba, Tucumán y San Luis. Lo mismo se aplica para los párrafos que siguen.

Para ilustrar este pasaje (entre una “psicología analítica” de filiación existencial y un estructuralismo francés que pretendía reemplazar la psicología por el psicoanálisis) hemos elegido centrarnos en la figura del joven Oscar Masotta, un filósofo autodidacta que, promediando los años ’60, encarnaba mejor que nadie las oposiciones y articulaciones entre “conciencia y estructura”, marxismo y psicoanálisis.¹¹ En ese momento de cambios y vacilaciones, Masotta comenzaba a interesarse en Lacan y el estructuralismo, sin renunciar del todo, aún, al existencialismo de Sartre y Merleau-Ponty. A fines de los ’60, se convertiría en uno de los referentes de los numerosos psicólogos que iban a poblar sus grupos de estudio. Para ese entonces, Masotta ya habría hecho su elección, convirtiéndose en lacaniano.¹² Del mismo modo, no pocos de sus seguidores estaban dispuestos a abandonar la alianza entre el psicoanálisis kleiniano, la psicología francesa, la fenomenología existencial y el marxismo reformista –que como vimos había sido promovida por Pichon-Rivière y su discípulo Bleger– para dejarse seducir por las enseñanzas de Lacan y Althusser.¹³

Se configuraba así un nuevo rol profesional que, en gran medida, sigue vigente hoy en día: el del psicólogo-psicoanalista de filiación lacaniana. En este pasaje, una vez más, aunque las referencias teóricas hubieran cambiado, los modelos intelectuales y profesionales privilegiados seguirían estando ubicados en Francia.¹⁴ Al mismo tiempo, en este período de radicalización política, los discursos sobre la “subversión del sujeto”, propios de los lacanianos, se mezclaban con los discursos sobre la revolución social, sin que las fronteras entre unos y otros fuera del todo claras.

En ese marco, en el que el monopolio de la Asociación Psicoanalítica Argentina había sido fuertemente cuestionado por los centenares de psicólogos que ejercían el “análisis profano”, a fines de 1971 se produjeron las primeras grandes escisiones, con el desprendimiento de los grupos “Plataforma” y “Documento”, que implicaron para la institución la pérdida de casi un tercio de sus analistas didactas, además de muchos de sus miembros adherentes y candidatos (Carpintero & Vainer, 2005).

Los analistas renunciantes cuestionaban la organización jerárquica y la supuesta neutralidad de la APA respecto de una escena social cada vez más conflictiva. Rápidamente se acercaron a otros psiquiatras, psicólogos y trabajadores sociales comprometidos en el movimiento de la salud mental, participando en instituciones como la Federación Argentina de Psiquiatras, la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental, el Centro de Docencia e Investigación, etc. En todos esos espacios predominaba un espíritu interdisciplinario guiado por ideales de compromiso social, que se conjugaban con distintas variantes del marxismo y se traducían en experiencias innovadoras en la escena pública (como las comunidades terapéuticas, entre muchas otras). Paralelamente, el lacanismo adoptaba nuevas formas organizativas, de tal suerte que, en 1974, se creó la Escuela Freudiana de Buenos Aires, la primera institución lacaniana en el Río de la Plata (Izaguirre, 2009). Y es difícil saber qué hubiera sucedido con este circuito alternativo a la universidad en el que comenzaban a involucrarse los psicólogos, ya que, en 1976, el golpe de estado interrumpió violentamente este proceso.

¹¹ Hernán Scholten ha estudiado exhaustivamente el recorrido de Masotta *antes* de su giro hacia el estructuralismo (Scholten, 2000). Este cambio de época también puede abordarse a través de los debates entre algunos de los primeros graduados, como Juana Danis y Roberto Harari (Danis, 1969; Harari, 1970).

¹² Esto explica que en 1969 se le hubiera ofrecido publicar un artículo en el primer número de la primera revista creada por los psicólogos egresados de la UBA (Masotta, 1969).

¹³ Cynthia Acuña ha dedicado una tesis doctoral a “la recepción del estructuralismo francés en el campo intelectual argentino de los años sesenta” (Acuña, 2009).

¹⁴ Esto no implica que no haya habido otros modelos, sobre todo en los años ’60, caracterizados por las síntesis eclécticas. Por ejemplo, la tesis de Florencia Macchioli muestra la recepción argentina de las teorías sistémicas (de origen norteamericano) en el ámbito de las terapias familiares, en las que no estaba excluida su articulación con el psicoanálisis kleiniano, de origen inglés (Macchioli, 2010). Una tesis reciente de Luciano García, por su parte, se ocupa específicamente de la recepción argentina de la psicología soviética (García, 2013).

Epílogo:

El corte abrupto de la vida democrática que trajo aparejado el golpe de 1976 implicó el cierre (o la suspensión de la inscripción) en muchas de las carreras de psicología en universidades públicas, así como el desmantelamiento de muchas instituciones de los circuitos considerados “progresistas”. En un contexto signado por la persecución política y una represión sin precedentes, numerosos docentes se exiliaron o fueron cesanteados, con la consecuente desintegración de sus equipos de trabajo. Es difícil estimar a ciencia cierta la cantidad de desaparecidos en el campo de la salud mental, entre docentes, profesionales y alumnos, aunque nadie discute que fueron más de una centena.¹⁵ En 1978, incluso, Beatriz Perosio, la presidente de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, fue secuestrada, torturada y posteriormente asesinada por grupos de tareas al servicio de la dictadura.¹⁶ En este marco, es comprensible que toda práctica de tipo grupal o colectivo pasara a ser sospechosa (y, por ende, peligrosa) mientras que el consultorio privado se constituía en una suerte de refugio. Se reforzó así el rol del psicólogo como profesional liberal, que atiende pacientes de manera individual, en detrimento de otro tipo de experiencias que sólo habían sido posibles en contextos más propicios.

La reapertura democrática, a fines de 1983, implicó un renovado auge de los estudios psicológicos en la Argentina. A partir de la normalización de las universidades y la reapertura plena de las carreras de psicología, el fenómeno de la masividad fue acompañado por la adopción del lacanismo como marco teórico de la mayor parte de las cátedras clínicas (al menos en las universidades públicas). En nuestro país, la recepción del psicoanálisis lacaniano recién llegaría a su punto máximo durante este período, aunque más alejado de las lecturas marxistas (althusserianas) y más cercano a las teorizaciones de tipo clínico. En cuanto a la implantación de la psicología en la sociedad, la mayoría de los testimonios coinciden en señalar que fue una época en la que los consultorios “rebozaban de pacientes” (lo cual no hizo más que reforzar la homología entre psicología y psicoanálisis, tan presente en el imaginario social). También en este período se promulgaron leyes regulatorias del ejercicio profesional de la psicología en varias provincias y se establecieron las incumbencias del título a nivel nacional, por la resolución 2447/85 del Ministerio de Educación (Klappenbach, 2006).

Ya en el siglo XXI, la situación descrita viene cambiando aceleradamente. Por un lado, en la universidad, las disyunciones excluyentes del pasado tienden a relativizarse. Las carreras públicas, en su gran mayoría, fueron adquiriendo el estatuto de facultades autónomas, mientras diversificaron su oferta de grado y posgrado. No obstante, la masividad de los estudios de psicología sigue constituyendo un desafío, en la medida en que las condiciones del mercado laboral ya no son las mismas. En el plano de la clínica, esto significa que el *boom* de demandas de atención psicoterapéutica de los años '80 ya no es tal. Por otra parte, actualmente, la demanda de atención tiende a ser mediada por las obras sociales y las prepagas, lo cual redundaría en bajos honorarios. En otras áreas de competencia, los psicólogos están encontrando nuevos horizontes profesionales, hasta ahora relativamente poco explorados. En todo caso, en estos momentos hay en la Argentina más de 60000 psicólogos matriculados (INDEC, 2005). Por otra parte, más de 63000 alumnos estudian psicología en las 10 carreras públicas o en alguna de las 30 carreras privadas (Alonso y Gago, 2008). Y la gran mayoría de los psicólogos y de los estudiantes se concentra en los mismos grandes centros urbanos. Esto implica una “sobreoferta” de psicólogos en determinadas áreas geográficas y una ausencia casi total en otras zonas. Del mismo modo, sigue habiendo una gran predilección por el ámbito de la clínica, mientras que otras áreas de incumbencia profesional son menos codiciadas. De todos modos,

¹⁵ Carpintero y Vainer contabilizan 110 trabajadores de la salud mental desaparecidos (60 de ellos psicólogos), mientras que calculan en 66 la cantidad de estudiantes, en su gran mayoría, estudiantes de psicología o trabajo social (Carpintero & Vainer, 2005: p. 288).

¹⁶ Si no profundizamos más en este período dictatorial (1976-1983) es porque, en lo que respecta a la psicología, aún no ha sido investigado acabadamente (quizás porque implica una carga afectiva considerable, que dificulta una toma de distancia crítica indispensable para todo trabajo histórico). El libro que mencionamos en la nota anterior, si bien se dedica a una historia más general del la salud mental, constituye una excepción a la regla, por lo que remitimos a él para mayor información sobre esta etapa (Carpintero & Vainer, 2005). En lo que respecta específicamente al psicoanálisis, puede consultarse a Plotkin (2003) e Izaguirre (2009).

en gran medida, continúa vigente el rol profesional del psicólogo que, tal como a fines de los '60, alterna el trabajo en instituciones de carácter diverso (lo cual le da cierta estabilidad laboral) con la atención de pacientes en consultorio privado (desde una perspectiva más o menos psicoanalítica).

Referencias:

- Acuña, Cynthia (2009). *La recepción del estructuralismo francés en el campo intelectual argentino de los años sesenta*. Buenos Aires: Fac. Psico. UBA (tesis doctoral).
- Agoglia, Mario (1963). Coriolano Alberini en la cultura y el pensamiento argentinos, *Revista de Filosofía*, 12/13, 75-82.
- Alberini, Coriolano (1926). El pensamiento francés en la cultura argentina. En Alberini, C. (1966). *Problemas de historia de las ideas filosóficas en la Argentina*. La Plata: UNLP, 78-79.
- Alonso, Modesto & Gago, Paula (2008). Panorama cuantitativo de los psicólogos en Argentina 2007. Trabajo presentado en las XV Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la UBA, 7, 8 y 9 de agosto.
- Balán, Jorge (1991). *Cuéntame tu vida: una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires: Planeta.
- Bergson, Henri [1889] (1944). *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Montevideo: Ed. Claudio García.
- Biagini, Hugo (1985). Ortega en la Argentina. *Todo es historia*, 220, 38-49.
- Borinsky, Marcela (1989). Salud Mental en la Argentina. *Informe de avance beca UBACYT*. Buenos Aires: Fac. de Psicología, UBA.
- Borinsky, Marcela (1999). Entrevista a Rosalía Schneider, 18 de mayo (inédita).
- Borinsky, Marcela (2000). Las primeras estrategias de inserción profesional de los psicólogos. Disponible en http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Borinsky_Primeras_estrategias_psicologos.htm.
- Borinsky, Marcela (2010). *Historia de las prácticas terapéuticas con niños. Psicología y cultura (1940-1970)*. La construcción de la infancia como objeto de intervención psicológica. Buenos Aires: Fac. Psico. UBA (tesis doctoral).
- Carpintero, Enrique & Vainer, Alejandro (2004). *Las huellas de la memoria*. 1957-1969 (tomo I) Bs. As.: Topía.
- Carpintero, Enrique & Vainer, Alejandro (2005). *Las huellas de la memoria*. 1969-1983 (tomo II) Bs. As.: Topía.
- Courel, Raúl & Talak, Ana María (2001). La formación académica y profesional del Psicólogo en Argentina. En Toro, J. P. y Villegas, J. F.: *Problemas centrales para la formación académica y el entrenamiento profesional del psicólogo en las Américas*, Vol. I. Bs. As.: Sociedad Interamericana de Psicología, JVE Editores.
- Dagfal, Alejandro (1997). Alfredo Calcagno: pedagogía científica y psicología experimental. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 2 (1/2), 109-123.
- Dagfal Alejandro (2000). José Bleger y los inicios de una "psicología psicoanalítica" en la Argentina de los años '60. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 2, 139-169.
- Dagfal, Alejandro (2008). Orientación profesional y psicotecnia en la Argentina peronista (1943-1955). *Revista de Psicología General y Aplicada*, 61 (3), 313-330.
- Dagfal, Alejandro (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo*. Buenos Aires: Paidós.
- Danis, Juana (1969) El psicólogo y el psicoanálisis. *Revista Argentina de Psicología*, 1 (1), 75-82.
- García, Germán. (1978). *La entrada del psicoanálisis en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Altazor
- García, Germán (2005). *El psicoanálisis y los debates culturales. Ejemplos argentinos*. Buenos Aires: Paidós.

- García, Luciano (2013). *La recepción de la psicología soviética en la Argentina: lecturas y apropiaciones en la psicología, psiquiatría y psicoanálisis (1936-1991)*. Buenos Aires: Fac. de Filosofía y Letras de la UBA (tesis doctoral).
- González, María Eugenia & Dagfal, Alejandro (2012). El psicólogo como psicoanalista: Problemas de formación y autorización. *Intersecciones Psi. Revista Electrónica de la Fac. de Psicología de la UBA*, 5 (1), 12-18. http://intersecciones.psi.uba.ar/revista_ed_n_5.pdf
- Foucault, Michel [1957] (1997). La psicología de 1850 a 1950. En Huisman, D. & Weber, A. (1957). *Histoire de la philosophie européenne, T.II*. París: Librairie Fischbacher. Reproducido en Foucault, M. (1994). *Dits et écrits*. París: Gallimard, T.I (pp. 120-137). Traducción: Hernán Scholten, Depto. de Publicaciones, Fac. de Psicología, UBA. En: www.elseminario.com.ar.
- Harari, Roberto (1970) El psicoanálisis y la profesionalización del psicólogo (a partir de “El psicólogo y el psicoanálisis, de Juana Danis”). *Revista Argentina de Psicología*, 3 (1), 147-158.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2005). Censo Nacional Económico 2004-2005. Fuente: http://www.indec.mecon.gov.ar/economico2005/cne_08_05.pdf
- Ingenieros, José (1906). Psicólogos franceses. *La Nación*, 13 de octubre.
- Ingenieros, José (1910). La psicología biológica. *Anales de Psicología*, 1, 9-34.
- Izaguirre, Marcelo (2009). *Jacques Lacan. El anclaje de su enseñanza en la Argentina*. Buenos Aires: Catálogos.
- Klappenbach, Hugo (1994). La psicología en la Argentina después de Piñero e Ingenieros. En Vezzetti, H., Klappenbach, H. & Ríos, J.C., *La psicología en la Argentina* (pp. 29-37). Buenos Aires: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la UBA (versión corregida del curso dictado en 1991).
- Klappenbach, Hugo (1995). Antecedentes de la carrera de psicología en las universidades argentinas. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*. Nº 41. Año 3. Págs. 237-243.
- Klappenbach, Hugo (2001). *La Psicología en Argentina: 1940-1958. Tensiones entre una psicología de corte filosófico y una psicología aplicada*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Klappenbach, Hugo (2006). Periodización de la psicología en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 27 (1), 109-164.
- Korn, Alejandro (1882). *Locura y crimen*. Buenos Aires: Facultad de Medicina de la UBA (tesis doctoral).
- Korn, Alejandro (1922). *La libertad creadora*. La Plata: Olivieri y Domínguez.
- Litvinoff, Norberto y Gomel, Silvia (1975). *El psicólogo y su profesión*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Masotta, Oscar (1969). Leer a Freud. *Revista Argentina de Psicología*, 1, 19-25.
- Macchioli, Florencia (2010). *Los inicios de la terapia familiar en la Argentina. Implantación, configuración y desarrollo de un nuevo campo disciplinar (1960-1979)*. Buenos Aires: Facultad de Medicina de la UBA (tesis doctoral).
- Munín, Helena (1989). *La Dirección de Psicología de la Provincia de Buenos Aires: cuarenta años a la búsqueda de su lugar*. Buenos Aires: Informe de investigación CONICET - Ciencias de la Educación.
- Plotkin, Mariano (2003). *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Scholten, Hernán (2000). *Oscar Masotta y la fenomenología*. Buenos Aires: Atuel/Anáfora.
- Stagnaro, Juan Carlos (2005). *Lucio Meléndez y el nacimiento de la psiquiatría como especialidad médica en la Argentina (1870-1890)*. Buenos Aires: Facultad de Medicina de la UBA (tesis doctoral).
- Stagnaro, Juan Carlos (2006). Evolución y situación actual de la historiografía de la psiquiatría en la Argentina. *Frenia*, 6, 7-37.
- Terán, Oscar (1987). *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Talak, Ana María (2008). *La invención de una ciencia primera. Los primeros desarrollos de la psicología en*

- la Argentina (1896-1919)*. Buenos Aires: Fac. de Filosofía y Letras de la UBA (tesis doctoral).
- Talak, Ana María & Corniglio, Federico (2008). *Los primeros desarrollos de la psicología en la Argentina* (antiguo módulo IV, 1° parte). Fac. de Psicología, UBA. En: www.elseminario.com.ar.
- Vezzetti, Hugo (1988). *El nacimiento de la psicología en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Vezzetti, Hugo [comp.] (1989). *Freud en Buenos Aires*. Buenos Aires: Puntosur.
- Vezzetti, Hugo (1994). Presentación. En Vezzetti, H., Klappenbach, H. & Ríos, J.C., *La psicología en la Argentina* (pp. 2-6). Buenos Aires: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la UBA (versión corregida del curso dictado en 1991).
- Vezzetti, Hugo (1996). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*. Buenos Aires: Paidós.
- Vezzetti, Hugo (2004). Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias, proyecciones sobre la sociedad. En Plotkin, M. & Neiburg, F. [comps.] (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 293-326.
- Vezzetti, Hugo (2007). Historias de la psicología: problemas, funciones y objetivos. *Revista de Historia de la Psicología*. Número monográfico. En: www.elseminario.com.ar.
- Visacovsky, S. (2002). *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Buenos Aires: Alianza.